

EL MENTIDERO



DE LA VILLA DE MADRID

N.º 871 | Sábado, 2 de Marzo de 2024

Se comenta en los mentideros madrileños...

- ✚ **Mediación y liberación**, *Anselmo A. Navarrete, OSB*
- ✚ **La bandera de todos**, *Juan Van-Halen*
- ✚ **Elogio a la curva**, *Alfredo Amestoy*



Mediación y liberación¹

Anselmo A. Navarrete, OSB

En 1959 se incorporó al Valle de los Caídos con el grupo fundacional de monjes procedentes del Monasterio de Silos, habiendo sido Abad de la abadía entre los años 2004 y 2014. Artículo publicado en el número 64 la revista *Altar Mayor*, correspondiente a Enero del año 2000, editada por la Hermandad del Valle de los Caídos.

Los acontecimientos de los que somos testigos postulan clamorosamente de acercarse la Iglesia al hombre con la palabra de Vida y el testimonio de Verdad que se le ha entregado

A penas es necesario decir que la dinámica mediadora de la Iglesia no se detiene en la esfera de las relaciones sociales. Antes de llegar a ellas pasa por otros niveles de actuación más inmediatamente relacionados con la finalidad original de su institución que no es otra que la de mantener viva la presencia del Señor Jesús en el tiempo de la historia. Lo elemental de este anunciado desvela suficientemente la trascendencia de su función entre los hombres: en ella tiene lugar la donación de Cristo y la convocatoria al encuentro y la comunión con Él. Esta mediación se cumple en la actividad evangelizadora y sacramental, así como en el conjunto del ministerio pastoral que acompaña todas las etapas de este encuentro.

Pero el destinatario de la mediación y de la propia Iglesia no es únicamente el hombre que ha entrado en la órbita de Cristo, sino también el que permanece fuera de ella. Cristo es el don que el Padre ha hecho a toda la humanidad y del que forma parte la Iglesia cuando, después de recibirlo en sí misma, lo entrega a todos los hombres como «un derecho de todos» (cfr. *Redemptoris missio* 44). Este ejercicio mediador es la acción más importante que tiene lugar en la historia tras el acontecimiento de la intervención personal de Dios en ella, justamente porque la renueva de modo incesante. La urgencia que Jesús experimentó de que el mundo comprendiera

¹ Epílogo al libro *Mediación y Liberación*, EDICEP, Valencia, 1992.

que amaba al Padre (cfr. *Jn* 8, 28-29; 11, 42) se expresó a la Iglesia en relación a su propia misión de portavoz y agente de la única salvación. Un apremio que ella debe reiterarse también a sí misma, sobre todo en los momentos en que la memoria de Jesús ha sido depositada de nuevo en un sepulcro sellado y en que tantos constatan: no sabemos qué ha sido de Él. Para que estas palabras sean también ahora el presagio de una nueva resurrección sería necesario que la Iglesia acompañara al hombre a la caverna en la que él mismo ha depositado los restos de su imagen y de su cultura y le invitara a dejar que el soplo de la vida aliente otra vez sobre sus huesos calcinados. Una vida que sólo reencontrará cuando deje de buscar entre los muertos al que él creía haber dado muerte, cuando se deje increpar en su incredulidad y dureza de corazón y permita que alguien descorra la piedra de su propia sepultura.

Esta es la misión que hoy espera a la Iglesia, incluso si no recibe tal invitación, porque el ejercicio de su mediación procede del mandato de Cristo, sea o no requerida para ello. Los acontecimientos de los que somos testigos postulan clamorosamente de ella la decisión de acercarse al hombre con la palabra de Vida y el testimonio de Verdad que se le ha entregado. El sentido de esos sucesos –aquí la defenestración de la modernidad, en el Este el desplome del imperio político e ideológico comunista– muestra dos cosas: la interrelación de ambos episodios, vinculados entre sí por un origen común como es la erosión del credo ideológico que ha alimentado todos los mitos, conceptos y realizaciones de los tiempos nuevos, y a la que espera todavía la última fase cuando se desmorone la cultura nihilista aún vigente en occidente. En segundo lugar, la urgencia de abrir una nueva perspectiva que permita al hombre transitar por caminos y horizontes menos inciertos.



El Verbo de Dios intervino en la historia con la expresa finalidad de corregir ese rumbo, y la Iglesia pone en acto toda su razón de ser cuando repite los gestos y palabras que significaron esa rectificación. Son los únicos que ella puede apropiarse, lo que explica la reserva mostrada ante las iniciativas del hombre moderno, hacia las que él mismo expresa hoy una grave sospecha. Es una disonancia que no se debe a prevenciones precipitadas, como tampoco lo fueron las que aparecen en el Evangelio.

Si es cierto que en la Iglesia se dan con alguna reiteración alarmas infundadas o negligencias injustificadas, los ademanes apresurados de conformismo pueden ser menos indicados aún. Al menos lo hubieran sido en relación a la historia de la modernidad si se ha de juzgar por su desenlace. Ella ha demostrado ya que si la Iglesia ha podido errar en una opinión sobre el movimiento de los astros ha acertado, en cambio, al pronunciarse sobre el destino de ciertas trayectorias del hombre y de su cultura. La Iglesia no se ha reconocido en ellas porque, al quedar vaciadas de la sustancia nutricia que había alimentado todo el humanismo anterior, ha invertido las direcciones y las claves de un proyecto desarraigado de su suelo teológico y trascendente. La abstención o la crítica le fueron impuestos al encontrarse con un diseño del hombre que le convierte en centro de una nueva verdad totalizadora y que es presentado como alternativa postcristiana.

La Iglesia no ignora el lenguaje operativo del progreso aunque a veces entra en contradicción –no siempre comedida, tal vez– con tendencias que juzga contrarias a la verdadera progresión del hombre. Precisamente lo que ha permitido durante tanto tiempo a la modernidad presentarse como el momento más logrado del espíritu humano ha sido la sistematización de los principios y valores que inspiraron al nuevo orden de la sociedad, así como el aliento dado a la creatividad racional en el plano del pensamiento y de la técnica. Pero ninguna otra cultura ha producido nada semejante porque ninguna otra ha dispuesto de un sustrato como el que le ha proporcionado la antropología cristiana, desde el que se ha movido el crescendo que registra la historia.

Lo cierto es que cada día parece más claro que las ideas y energías a los que el mundo moderno debe lo mejor de su obra tienen un inconfundible sello cristiano: el sometimiento de la tierra al conocimiento y poder del hombre, el estímulo de todos los talentos humanos al servicio de esa

empresa, la creación de los centros culturales que durante siglos transmitieron el patrimonio de la antigüedad, así como de las aulas académicas y universitarias en las que se cultivó la educación y las ciencias humanas que prepararon la posterior expansión del saber y de la investigación. Y, en otro orden de cosas, los rasgos definidores de la cultura y del humanismo: la primacía de los valores, la categoría de la persona y el carácter central del hombre en el espacio social, la primera alusión y fundamentación de lo que hoy denominamos derechos humanos, los conceptos fundantes de las relaciones humanas: justicia, libertad, solidaridad, igualdad o paz, la promoción de la moral y del derecho, el valor del trabajo, la comunidad de todos los pueblos, la unidad espiritual y cultural del ámbito europeo.

La Iglesia sabe también que a pesar de que el cambio pasa por ser la patente del progreso, ambos no son sinónimos. Karl Popper ha aludido todavía recientemente a la tendencia de los intelectuales a sustituir la atenta inteligencia de los hechos por cualquier falacia inédita: basta creer que se está en el sentido de la historia. No importa la bondad de las ideas con tal que sean novedosas. Sin embargo, en filosofía como en arte, añade, únicamente el contenido es importante y nunca la novedad. De hecho, no todo lo que se mueve está vivo: el viento empuja las hojas secas y las aguas arrastran los deshechos; ni todo marcha en dirección ascendente: hay caminos en declive y hacia el ocaso.

La Iglesia ha aparecido anclada en el tiempo, aparentemente ajena a sus vaivenes. Pero se trata, más bien, de la serena permanencia en sí misma de quien es coetánea de todas las generaciones por ser portadora de una Palabra destinada a cada una de ellas. La Iglesia es contemporánea del «Anciano de días» y lleva consigo la plenitud de los tiempos, de la que es actualmente mediadora. Es el hombre el que se hace anacrónico cuando se niega a entrar en sintonía con el hoy de Cristo en la Iglesia. Tiempo de la Iglesia que tiene una determinada elasticidad que no puede ser rota sin quedar fuera de él. También ella se ve precisada a hablar, con Cristo, de «mis caminos» y «vuestros caminos», de «mi tiempo» y «vuestro tiempo», de los que se afirma que no son coincidentes. Esta asimetría deja fuera de juego, en el cómputo final, la supuesta actualidad de lo que se declara contra el *logos* que actúa en el período de la Iglesia. Él es el que dicta lo que pertenece o lo que se autoexcluye de la hora presente, del *kairós* introducido por el Verbo, cuyo ritmo modula la Iglesia bajo la segura dirección del Espíritu, pese a todas las ineptitudes que se acumulen en ella.



Cuando se conoce el misterio de la Iglesia no hay dificultad en reconocerla como el organismo más joven y dinámico que opera en la historia: en ella VIVE Aquél que es de hoy, de ayer y de mañana, Aquél que constantemente hace nuevas todas las cosas (cfr. Ap 21, 5), Aquél que renueva diariamente su vida en la recreación del misterio que le dio origen: la muerte y la resurrección del Señor. Este misterio de Cristo en la Iglesia operante en sus sacramentos, en su liturgia, en su espiritualidad, en su teología, en la sucesión apostólica, no está amortizado. Es una herencia intacta y pletórica, cuya vigencia depende más de una consecuente fidelidad creativa que de su homologación acrítica con los cánones de la cultura imperante.

Esta perspectiva es la referencia esencial para juzgar si es a la Iglesia a la que se le ha parado el reloj o al hombre al que se le ha vuelto loca su brújula. En la medida en que los cambios que se le piden urgen su identificación con los rasgos determinantes de un proyecto de progreso que aparece falseado en tantos de sus trayectos, se está mostrando una dudosa clarividencia. No es sólo la Iglesia, supuestamente dogmática e inmóvil, la que lo juzga así. Otros pensamientos críticos comparten la misma conciencia de crisis y la denuncian con igual severidad. Lo cual la exime de tener que responder de la suya, sobre todo cuando es la misma modernidad la que ha procedido a una autocrítica devastadora.

Precisamente la revelación del ocaso inesperado a que estaban condenadas las esperanzas más atractivas movilizadas por el hombre, resumidas en la supresión del mal y en la realización de

la felicidad mediante la iniciativa humana, es uno de los acontecimientos mayores de la evolución cultural de occidente. En él la historia se ha juzgado a sí misma y ha dictaminado la quiebra de este nuevo intento del hombre de tomar en sus manos su propio destino. Un acontecimiento que, sin embargo, no ha concluido todavía y del que no hay demasiado riesgo en predecir que se producirá bajo la forma de una reacción decisiva ante la miseria espiritual que nos envuelve, paralela a la que ha provocado la opresión ideológica de inspiración marxista. La sociedad occidental debe comprender que también ella tiene pendiente una liberación; que los pueblos del centro y del este europeo no se han levantado únicamente por una cuestión de cuotas de democracia o bienestar, sino contra la asfixia del hombre profundo, contra la destrucción de valores humanos esenciales que el clima cultural del oeste conoce, en fase seguramente más avanzada. Si su modelo económico y político aspira a subsistir habrá de buscar otras bases morales, sociales y humanistas, otra concepción del hombre que tenga en cuenta su totalidad constitutiva, gravemente amputada a través de casi toda la obra de la modernidad.

La mediación de la Iglesia tiene aquí una acción insustituible en nombre del Verbo encarnado, salvador y modelo del hombre perfecto. Con él habrá de recordarle lo inútil de una utopía con la que puede haber conquistado el mundo pero en la que se ha perdido a sí mismo. En ese desenlace está la clave de la crisis del hombre moderno, de su experiencia apócrifa, no menos que la razón para instarle a resistir a la violencia –y violación– de la dialéctica nihilista que corroe el corazón de la cultura occidental, como sus hermanos del otro lado del muro resistieron la dialéctica materialista. Mediación para ayudarle a encontrar el significado de los acontecimientos recientes, que le conciernen directamente como anticipo de lo que sobrevendrá al otro brote del mismo tronco ideológico. Mediación para desenmascarar la necesidad de las palabras y la indigencia de los proyectos que han nutrido tantas esferas del mito del progreso y para acelerar la transformación de un sistema de valores caduco.



Acción mediadora, como la de Cristo, para reconciliar las cosas de la tierra con las del cielo (cfr. *Col 1, 20*), la esfera humana con la espiritual. Este es el equilibrio perdido en el hombre y en la cultura posrenacentista y el primero que habrá de ser restaurado. El hombre que ha dado una fe religiosa a su propia mentira, que la ha cultivado y se ha recreado en ella, debe ser puesto otra vez en presencia de la Verdad. Ya sabemos que «la verdad engendra odio» (Terencio), que Alguien hubo de preguntar: «¿por qué queréis matar al Hombre que os ha dicho la verdad?» (*Jn 8, 40*), y modernamente hemos oído aquello de «aplastad al Infame». Este aborrecimiento resentido contra la Verdad es el que ha desencadenado el desconcierto, a la vez delirante y tranquilo, en que nos encontramos. Pero es ella la que pone al hombre ante la primera de sus tareas si ha de reconducir su proyecto histórico: determinar su propia identidad para saber si sus creaciones contribuyen a edificar o a borrar su imagen verdadera.

Aceptada o no, esta mediación de la Iglesia tiene la función de poner al hombre ante sí mismo, de recrear su figura y su entidad en armonía con la realidad plenaria que ella conoce gracias a la Palabra creadora y revelante. Esa Palabra es hoy la única capaz de acoger al hombre errante, de corregir sus desvaríos, de iluminar sus incertidumbres. El compromiso mediador de la Iglesia se reafirma en la seguridad con que hoy sigue proclamando que al hombre no se le ha dado otro nombre en el que pueda obtener la salvación (cfr. *Hch, 4, 12*), que el hombre no tiene a dónde ir fuera de quien ha pronunciado las palabras de vida eterna (cfr. *Jn 6, 8*). Ese nombre y esas palabras subsisten en ella y la hacen su emisario ante los hombres.

En el momento en que comprobamos la necesidad de reemprender el desarrollo espiritual, moral y humanista casi desde el punto en que estaba a comienzo de la modernidad, es la ocasión de que repita la invitación que Dios vuelve a hacer por el profeta: «paraos en los caminos a mirar, preguntad por la vieja senda: ¿cuál es el buen camino? Seguidlo y hallaréis reposo» (*Jr 6, 16*). No es el caso de renunciar a ninguno de los dinamismos reconocidamente valiosos que se han puesto en marcha a lo largo de esta época y que ya pertenecen al patrimonio de la civilización. Pero ha de recordar que Dios no puede ser excluido de la edificación de la ciudad a menos que

ésta quede suspendida en el vacío, y que la misma Iglesia, es un eje imprescindible del progreso en cuanto alentadora del ejercicio de soberanía sobre la tierra y autora directa del crecimiento espiritual y moral, del que depende la racionalidad de todos los demás progresos. Todos ellos tienen una condición de autenticidad: que posibiliten la evolución radical señalada al hombre: «sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48).

Es la hora del Verbo y de quien ha recibido su mediación. La Iglesia, y con ella los herederos de Cristo, los que han mantenido intactos la fe y el amor hacia Él, los que representan entre los hombres su memoria y su mensaje, están ante la responsabilidad de convocarles a un nuevo advenimiento. En estas vísperas del III milenio de su encarnación, el Evangelio de las insondables riquezas de Cristo (Ef 3, 8), vuelve a ser el centro de la única expectativa creíble, aunque esto esté todavía oculto a sus ojos (cfr. Lc 19, 42). Él mismo repite su llamada: «he aquí que estoy a la puerta y llamo» (Ap 3, 20). Pero corresponde a la Iglesia mediadora allanar, en el desierto por el que el hombre camina, una calzada para el Dios escondido, enderezar lo torcido y nivelar lo escabroso para que se revele la gloria del Señor (cfr. Is 40, 3-5) y los hombres puedan contemplar su magnificencia y belleza. Le corresponde el empeño de despegar los ojos de los ciegos y abrir los oídos de los sordos, de fortalecer las manos débiles y las rodillas vacilantes y de gritar al corazón de los cobardes: sed fuertes, no temáis (cfr. Is 35, 2-5). Apoyada en la firmeza del monte de la Casa del Señor se aprestará a vocear con Isaías: Casa de Jacob, ven; que los gentiles confluyan hacia Él y que pueblos numerosos salgan a su encuentro; que caminen a la luz de su rostro, que se dejen instruir en sus caminos y marchen por sus sendas para que Él llegue a ser el deseado de los pueblos y el árbitro de las naciones (cfr. Is 2, 2-5). Es la mediación que hace a la Iglesia par-turienta del hombre verdadero cuando le revela la Luz que ha venido a este mundo y le impulsa a encarnarse en la vida y en el misterio de Cristo, marco natural de realización del misterio del hombre.



Todo lo que aceleradamente viene ocurriendo desde que sus herederos declararon el crepúsculo de la cultura moderna señala, con nitidez casi inédita, que la Iglesia vuelve a ser depositaria del destino del hombre y que su custodia queda otra vez bajo su responsabilidad. Del hombre que alberga la imagen de Dios y que comparte la naturaleza del Verbo encarnado; por consiguiente, del hombre cuya condición histórica gravita sobre esta constitución. Ya en el presente los impulsos, certezas y esperanzas más sólidos que llegan hasta él son los que provienen de la Iglesia, especialmente a través de la voz que habla desde Roma. La defensa que está haciendo de la verdad y del hombre es la única que tiene una dimensión universal, la única que está practicando un esfuerzo sobrehumano para preservar la integridad de estos dos valores contra la presión del propio hombre.

La barca de Pedro, la Iglesia, está siendo hoy la barca de la humanidad, su arca de Noé, en la que se están preservando del naufragio las ideas y valores que mañana volverán a ser semilla de una sociedad renovada. De una sociedad rejuvenecida, pero no con injertos espúreos, sino con la savia de sus propias raíces, de igual forma que después del diluvio la tierra y la humanidad se poblaron con las especies que las habían habitado anteriormente, o como el hombre fue recreado por Cristo no a partir de un ente nuevo, sino según el modelo original. Así lo había predicho Isaías: «reconstruirás viejas ruinas, levantarás sobre cimientos de antaño; se te llamará reparador de brechas, restaurador de casas en ruinas» (Is 58, 12; cfr. 1, 4).

Esta reconstrucción es la obra a la que sirve la mediación de Cristo y, con Él, de la Iglesia.



La bandera de todos

Juan Van-Halen (*El Debate*)

Escritor. Académico correspondiente de la Historia y de Bellas Artes de San Fernando.

Tildar de bandera «preconstitucional» o «anticonstitucional» a la que luce en su franja amarilla el escudo con el águila de San Juan es una prueba de ignorancia

Para mi disgusto los dos sectores activos de la sociedad que más me decepcionan son los que más he tratado y admirado desde muy joven: el periodismo y la política. Nada –o poco– tienen que ver con los de mi tiempo. El periodismo es distinto y la política también. Hay quien dice que peores. Ocurre con aspectos aparentemente menores. El otro día en una manifestación un colega señaló que había una bandera «preconstitucional» y «anticonstitucional»; utilizó los dos epítetos. Se refería a la que lleva el escudo del águila de San Juan. Un error. Se lee poco.

Los gobiernos socialistas han malbaratado muchos símbolos que unen a los españoles, entre ellos la bandera. En España se quema la bandera nacional y no pasa nada. Por esos mundos un atentado contra la bandera produce una respuesta inmediata con la Ley en la mano. En España no. La izquierda otorga gratuitamente a quien exhibe la bandera de España la condición de retrógrado, incluso de «facha». Impensable en un país serio. La falacia se cae a plomo porque los españoles exhiben espontáneamente la bandera de todos cuando quieren mostrar su orgullo nacional tanto en acontecimientos deportivos como de otro carácter. La ideologización ha lesionado una realidad positiva.

Un hecho que dio mucho que hablar. El 18 de junio de 2009 una unidad militar acampó en el monte Gorbea, en la raya entre Álava y Vizcaya, y los soldados colocaron una bandera española en la cruz que existe en aquel lugar. No es extravagante que unos españoles, sean militares o no, coloquen una bandera de España en cualquier lugar de su país. El PNV se sintió «agraviado» por aquella bandera española y –sorprendente– dos militares fueron sancionados por el «error» de colocarla. Días después los «peneuvistas» convocaron en el Gorbea un «acto de desagravio» en homenaje a la «ikurriña». De traca.

La bandera oficial de la Comunidad Autónoma Vasca era la bandera del PNV diseñada por su fundador Sabino Arana copiándola de la británica. Carece de tradición. Fue un error reconocer la bandera de un partido como bandera de una comunidad. Allá el acomplejado Gobierno que lo dispuso. Una vez reconocida como tal, la «ikurriña» merece el respeto inherente a lo que simboliza. En España venimos asistiendo a una «guerra de banderas». También entre la bandera nacional y la bandera tricolor de la II República. En muchos actos proliferan banderas republicanas y se admite como normal. Y a ningún periodista parece sorprenderle.

Tildar de bandera «preconstitucional» o «anticonstitucional» a la que luce en su franja amarilla el escudo con el águila de San Juan es una prueba de ignorancia. La Constitución, uno de los textos más citados y menos leídos, en su artículo 4,1 señala que «la bandera de España está formada por tres franjas horizontales, roja, amarilla y roja, siendo la amarilla de doble anchura que cada una de las rojas». No se describe escudo alguno sobre la franja amarilla. La legislación sobre Símbolos de España, Ley de 5 de octubre de 1981, reguló el escudo, y la Ley de 28 de octubre de 1981 reguló el uso de la bandera,

y en el artículo 2.2 de esta última Ley se señaló que «se podrá incorporar» el escudo de España sobre la franja amarilla.

En el ejemplar de la Constitución Española que firmó el Rey aparece el escudo del águila de San Juan, así como en el ejemplar del BOE de 29 de diciembre de 1978, número 311.1, en el que se publicó la Constitución Española sancionada por el Rey dos días antes. No puede tildarse a la bandera con el águila de San Juan de «bandera franquista», ya que lo fue también de los primeros años de reinado de Juan Carlos I, y el águila de San Juan con las flechas yugadas fue incorporada al escudo de sus reinos por los Reyes Católicos a iniciativa de la Reina Isabel. La bandera con el águila de San Juan no es menos constitucional que la vigente ni menos representativa de la Monarquía reinstaurada; es sencillamente una bandera «histórica» desde 1981, tres años después de aprobarse la Constitución.

La bandera tricolor republicana como enseña vigente en todo el territorio nacional se mantuvo sólo cinco años, desde 1931 a 1936. Desde esa fecha hasta 1981, primero en una de las dos Españas en guerra y luego en el conjunto de la Nación, se recuperó la bandera tradicional española que nos llegaba desde el reinado de Carlos III. La I República no cambió la bandera roja, amarilla y roja, limitándose a excluir de ella el escudo monárquico.

El líder socialista Francisco Largo Caballero afirmó en su mitin del 8 de noviembre de 1933, que recoge *El Socialista* del día siguiente: «Tenemos que luchar como sea hasta que en las torres y en los edificios oficiales ondee no la bandera tricolor de una República burguesa, sino la bandera roja de la Revolución socialista». Y no quería conseguirlo precisamente por la vía democrática. En su discurso del Cine Europa, el 10 de febrero de 1936, fue muy claro: «La transformación total del país no se puede hacer echando papeletas en las urnas... Estamos ya hartos de ensayos de democracia; que se implante en el país nuestra democracia». Y anunciaba en el mismo mitin: «Si los socialistas son derrotados en las urnas irán a la violencia pues antes que el fascismo preferimos la anarquía y el caos», considerando «fascistas» a sus adversarios políticos aunque recibiesen los votos suficientes para gobernar. Sánchez hereda a Largo Caballero, el Lenin Español, cuando habla de «alzar un muro» o de «fachosfera».

Tildar de «fascistas» a sus adversarios políticos es una constante de la izquierda cuando no se escribe la historia a su gusto, aunque tenga el aval de las urnas. ¿Cómo van a respetar sinceramente la bandera de todos?



Elogio a la curva

Alfredo Amestoy

Periodista, escritor y presentador de televisión. Tomado de la revista *Altar Mayor* n° 92 (Marzo-Abril 2004), editada por la Hermandad del Valle de los Caídos

Los tres hijos de Guetaria: Elcano, Iturzaeta, y Balenciaga; un marino, un calígrafo y un modista, artífices de la curva.

Los tres hijos de Guetaria: Elcano, Iturzaeta, y Balenciaga; un marino, un calígrafo y un modista, artífices de la curva. A sus noventa y cuatro años, con sus barbas de siempre (quiere morir con las barbas puestas: «los que mueren con las barbas puestas son más difíciles de enterrar», ha dicho), Jorge Oteiza, como Alonso Quijano, pero sin escuderos, sin curas, ni bachilleres, ni sobrinas, recupera la razón y espera a esa dama a la que ha llamado tantas veces y que no acaba de llegar. El intelectual español más insobornable del siglo XX, más que sus paisanos Unamuno o Caro Baroja; el crítico más iconoclasta, y el artista más rebelde y contestatario, cuando se vaya nos dejará un gran vacío, pero un vacío sin «horror». Es un vacío «lleno». Como sus cuadrados son círculos y sus cubos son esferas. El guipuzcoano Oteiza nació en Orio, su gran obra está en Aránzazu, espera a la muerte en Zarauz, pero tengo para mí que es en Guetaria donde encontró la filosofía de la piedra y la piedra filosofal. ¿Qué le ocurrió en Guetaria, en esa pequeña localidad pesquera de menos de dos mil habitantes? En la década de los ochenta andaba Oteiza, con el malogrado arquitecto Fullaondo, jugando a los dados de la política con el cubo gigante que iban a construir ambos sobre la Alhóndiga de Bilbao (un proyecto que la propuesta y el gran negocio Guggenheim se encargó de desplazar) cuando el escultor visita Guetaria y formula su teoría sobre la «estética del huevo». Él mismo describe el proceso: «Guetaria ha podido construir su iglesia... a escala de nuestra alma, sin un ángulo recto. Se me confirma que la sección de una esfera partida por un plano es una circunferencia. La sección de una hiperesfera cortada por un espacio a tres dimensiones, es una esfera... Y descubro que ese espacio a tres dimensiones que es una esfera, es aquí una esfera más ancha abajo y más alta y breve arriba, descubro que no es una esfera, que es aquí un huevo. Que esta iglesia es el resultado de un encofrado por planos de un huevo vacío, su interior de huevo, un huevo no mucho mayor que una casa, un templo de casa, a escala flotante de un barco, de este pequeño pueblo, en este misterioso y pequeño país. En esta iglesia, el espacio huevo vacío es lo primero que se ha concebido metafísicamente y se ha puesto de pie y resuelto aquí. Porque una Estética del huevo es la respuesta a una metafísica de la esfera, es el hombre dominando (en tradicional mentalidad vasca, dominado y libre), al borde y por fuera de la circunferencia».



Aunque parece que Oteiza se queda en los volúmenes, pronto nos lleva a las formas; éstas a los sonidos..., y los sonidos nos conducirán sorprendentemente a los trazos y a los rasgos de la caligrafía ¡y sin salir de Guetaria! No pelagra la vida del artista, pero atención, silencio, que Oteiza va a hacer una pirueta (la pirueta no deja de ser un giro de 360 grados) partiendo de la circunferencia: «se habla, se acepta y se define (en Jung y en su equipo) el contenido simbólico de imágenes fundamentales como círculo, esfera, huevo y laberinto, de modo que corresponde a una mentalidad únicamente oriental y sin prehistoria... En nuestra prehistoria (vasca) se describe la situación del hombre rodeado por el mundo desconocido y amenazante. (En vasco, «ingurubil», espiral, es etimológicamente «redondo alrededor», el hombre está rodeado por el mundo, laberinto es «irten-ezin», no poder salir, «mundu-barru» dentro del mundo, dentro de la Naturaleza. Y habría que penetrar en nuestras identificaciones mítico-lingüistas y ver si este «iz», de «izan» no corresponde a «itz-ots», voz-sonido; en la cosmográfica y rítmica musicalidad nocturna del euskera los sonidos y los sueños vienen de fuera. («Bi-ots», dos sonidos, es el corazón)). Este prodigioso razonamiento sobre el laberinto, la espiral y los sonidos que hemos de recoger, ordenar e interpretar, coincide con la mejor definición de la caligrafía, como «el arte de representar con belleza los sonidos orales por medio de signos gráficos». Ítem más; la escritura caligráfica no deja de ser una espiral de signos, en su mayoría redondos, que componen un bello tirabuzón, producto de la sucesión de curvas hilvanadas. No es sólo una metáfora, sino una imagen real.

El misterio de Guetaria

Las gentes de un país, de una ciudad, de un pequeño pueblo, pueden tener una determinada visión del mundo. La «imago mundi» de un veneciano del siglo XIV, no es la misma que la de un inglés del XIX, ni la de un norteamericano del XX, o la de un chino del XXI. Esta visión puede ser fruto de un anhelo, de una ensoñación o de una frustración.

En el caso de Guetaria, el descubrimiento de Oteiza a través de la iglesia del pueblo y su teoría de la esfera y del huevo, no es una alucinación, ni fruto del delirio. Tampoco es una quimera pensar en qué medida la percepción de la curva ha condicionado e influido en la forma de ser y de actuar de los nacidos en este lugar a orillas del mar Cantábrico.

No parece casual que en una localidad que nunca ha superado los dos mil habitantes hayan venido al mundo: Juan Sebastián de Elcano, el hombre que primero circunvaló la Tierra y tuvo plena conciencia de su redondez; José Francisco de Iturzaeta, el más famoso de los calígrafos españoles y con cuyos sistemas aprendieron caligrafía millones de españoles durante el siglo XIX y parte del siglo XX, y Cristóbal Balenciaga, reconocido ya mundialmente como el modista más inspirado y según Hubert de Hungaro, el presidente de la Fundación Balenciaga: «el creador del arte de la alta costura».

Tres biografías marcadas por una vocación común que les lleva a seguir una trayectoria ejemplar, más recta imposible, pero –¡paradoja!– describiendo las curvas más caprichosas en la mar oceánica, sobre el papel de escribir o en el corte de preciosos tejidos para la realización de los vestidos más sofisticados. La proa de la nao, el tajo de la pluma o la tijera han sido las herramientas para que estos tres hijos de Guetaria transformen el mundo y lo recreen haciéndolo más útil y más bello.

Bien, si no es causal, ¿a qué se debe este extraño fenómeno? Pienso que no hay misterio alguno, aunque sí cierta tendencia a la redondez, a lo esférico; proclividad a la curva, extendida entre todos los vascos, como ha explicado Oteiza, pero más patente en Guetaria cuya vida diaria discurre con la visión permanente de ese caprichoso accidente geográfico tan próximo que rompe el horizonte marino y que recibe el nombre de «el ratón de Guetaria», cabeza y lomo del roedor dibujan dos curvas perfectas. Y por si no fuera suficiente, en el escudo de la histórica villa, más que campear manda absolutamente la figura de una ballena, recuerdo y homenaje al cetáceo cuya captura fue el medio de vida de sus pobladores durante muchos siglos. La ballena, el animal más curvilíneo de la creación, casi una esfera perfecta, es emblema y tótem para este pueblo guipuzcoano.



Así se escribe la historia...

Navegar es escribir en el agua. Escribir poesía, escribir aventuras, grandes misiones, civilizaciones... Navegar es escribir la Historia. Desde Homero hasta nuestros días. Elcano, quizás, al consumir en 1522 el viaje que Magallanes había iniciado tres años antes, no sólo escribe una de las gestas más heroicas de la Historia, sino que la modifica y, a partir de su llegada a Sevilla con una nave, la célebre «Victoria», en vez de las cinco que habían partido, y con dieciocho hombres, en vez de los doscientos treinta y siete que iniciaron el viaje, el mundo ya no es el mismo. El ha verificado que es redondo, porque le ha dado la vuelta y así constará en las armas que le otorgará su Emperador «Primus circumdedisti me»: el primero en circunnavegar este planeta, sin que nadie lo intentara hasta que –más de medio siglo después– apareciera el más grande marino inglés de todos los tiempos, Sir Francis Drake, incomparable navegante pero incorregible corsario, hasta el punto de robar para su escudo el lema de Elcano casi textualmente: «Tu primus circumdedisti me», de acuerdo con su inveterada desvergüenza. Este sonrojante hecho no hace sino acrecentar el mérito del egregio marino guipuzcoano, orgullo de su pueblo, de Guetaria, que por desgracia no pudo ni honrar ni conservar sus restos. En esa iglesia esférica que ha subyugado a Jorge Oteiza, se conforman con un cenotafio en la puerta del templo, cuya leyenda está casi ilegible de tanto y tanto pisar sobre ella. El nombre aparece bastante claro: Juan Sebastián de Elcano. No obstante no cesa la polémica que discute cuatro versiones: Elcano, del Cano, El Cano o de Elcano. Un auténtico cuatrilema que prosigue aunque en 1926, a petición del Ministro de Marina, la Real Academia de la Historia ya dictaminara que el apellido de Juan

Sebastián era «de Elcano». Y así figura no en muchos libros de texto pero sí en la popa del Buque Escuela español. Es curioso que esa decisión de la Academia fue tomada tras el estudio de la firma del marino. Una firma con hermosos rasgueos realizada cuatrocientos años antes. Como buen hijo de Guetaria, «de Elcano» escribía con caracteres bellos y con gran personalidad.

¿Cuántos calígrafos habría habido en Guetaria antes de Iturzaeta, nunca mejor dicho «avant la lettre»?

Iturzaeta, «el profesor de esgrima»

Como para la Real Academia de la Historia en el caso del apellido de «de Elcano» la firma del interesado contó sobremanera, la firma aún cuenta en muchos peritajes grafológicos. Escasean los documentos escritos, como en otros tiempos, «de su puño y letra», lo que puede representar la pérdida de una importante seña de identidad. Firma y rúbrica eran la mejor muestra de nuestra personalidad, al alcance de cualquiera aunque no fuera experto en grafología. Y a gala tenía todo ágrafo recién alfabetizado de rubricar con autoridad y hasta elegancia cuando lograba escribir por primera vez su nombre y apellido.

Esta es la gran aportación del vasco de Guetaria, José Francisco Iturzaeta, no sólo a la caligrafía española sino a la educación nacional en España, al dotarnos durante dos siglos de un sistema para que los niños tuvieran una escritura clara y hermosa. Con la letra «bastarda» de Iturzaeta se han escrito, desde la Ilustración hasta nuestros días, millones de páginas entre obras literarias, escrituras de propiedad, registros, libros de contabilidad, testamentos, declaraciones de amor y de guerra, partidas de nacimiento, certificados de defunción... hasta sentencias de muerte.

Gracias a este guipuzcoano, de humilde origen, nacido en Guetaria en 1788 y muerto en Madrid en 1853, los siglos XIX y XX ofrecen en sus testimonios escritos una dignidad y un decoro muy notables. Pendolistas y aficionados a la escritura adquirieron con el sistema Iturzaeta junto a la destreza, la elegancia y la gallardía. Que «gallardía» se ha reconocido aportó el de Guetaria a la bastarda original italiana. La bastarda Iturzaeta sería: «más inclinada a la derecha, rotunda en las curvas y más «redonda». Ese espíritu circular, esférico, espiral, del que habla Oteiza vuelve a aparecer en Iturzaeta que más que un calígrafo se nos antoja un «profesor de esgrima» que utiliza el palillero y la pluma de metal como un florete con el que no cesa de «tirar» y «adornar». Que el tirado y el adorno son términos comunes en las dos artes.



No muy dado a barroquismos, en su «gramatocosmía», demostró su dominio en los adornos y los «rasgueos». De su caligrafía no se puede decir lo que dicen los andaluces de algunas mujeres: «la pobre tiene hechuras pero le falta “garabato” de mujer». El «garabato» puede ser hermoso como un desplante, mezcla de burla y desdén. ¿Conoció el niño Cristóbal Balenciaga en la escuela pública de Guetaria la fama de su paisano Iturzaeta enterrado en el Pabellón de Hombres Ilustres en Madrid? ¿Aprendió a través de su caligrafía la importancia de la medida, de la proporción, del equilibrio, del ritmo, de la cadencia de las curvas?

Balenciaga, un visionario de la moda

La pluma de Iturzaeta se torna tijeras, aguja e hilo para Cristóbal Balenciaga. Y el papel pautado en... el cuerpo de la mujer. Sobre el cuerpo femenino va a hacer maravillas este muchacho de Guetaria, influido también por esa iglesia circular de su pueblo, por la ballena del escudo, por los pliegues que dibujan las olas del mar. Llamado al mundo de la creación, hijo de un pescador y de una costurera, no encuentra obstáculos para iniciar desde niño una carrera espectacular desde la pobreza y la necesidad hasta el lujo y el boato vividos en compañía de reinas y de multimillonarias. Cuando dentro de poco se inaugure en Guetaria el Museo Balenciaga, dirigido por Sonsoles Díez de Rivera e Icaza, hija de la marquesa de Llanzol que tantos trajes del modista ha aportado para su exhibición en el Museo, visitantes de todo el mundo podrán comprobar la gran aportación del guipuzcoano a la historia del vestido femenino. Este museo, que va a atraer

también a quienes viajen a Bilbao para ver el Guggenheim, se ha instalado no en la sencilla casa donde nació el modista sino en el palacio Aldamar, en lo alto de Guetaria, residencia de los Casa Riera, la familia de la Reina Fabiola, y donde la abuela de la viuda del rey Balduino de Bélgica, la marquesa de Casa Torres, descubrió el talento del pequeño Cristóbal, en 1908, cuando Balenciaga tenía 13 años. Monaguillo hasta entonces en la iglesia del pueblo, Cristóbal pudo en ese tiempo percibir el espacio prodigioso, la exaltación de la curva que se produce en el templo, y también apreciar a través de la vista y del tacto –y por qué no, a través del oído, el frufrú de las sotanas– el valor de la alta costura y de la curva en cuellos y hombreras de los ornamentos religiosos y en los elegantes trajes de celebrar liturgias solemnes. Es decir, estaba en disposición de que se produjera la gran revelación. Sobrevino cuando el muchacho tiene la oportunidad de ver un día a la marquesa luciendo sus mejores galas. Balenciaga descubre su vocación. Se dedicará a vestir a la mujer, a transformar la moda femenina y a crear nuevos cánones de elegancia y distinción. Su costura obedecerá a un nuevo dictado y la dictadura de Balenciaga en moda será tan férrea como la de Iturzaeta en la caligrafía. El «sistema Balenciaga» es un gobierno dictatorial pero «fácil de llevar» y «de poner». Su inspiración la advirtió enseguida la marquesa de Casa Torres que le lleva al palacio donde ahora va a estar el Museo y le facilita un vestido y tela para que lo copiara, trabajo que realiza en un santiamén y mejorando el modelo. Balenciaga ya tenía mecenas y su primera admiradora. Pronto serían legión sus admiradoras y sus clientes. Lo mismo para reinas como Victoria Eugenia que para «estrellas» exigentes como Marlene Dietrich, Balenciaga fue el modista favorito. Y nadie aventajó al vasco en la creación de trajes de novias. Famoso fue el de la Reina Fabiola, la nieta de su mecenas, y el de otra nieta famosa, la nieta de Franco, Carmen Martínez Bordiú, el último traje que hizo poco antes de morir en 1972. Desde su primer desfile parisiense, en 1939, quedó marcada su línea: hombros caídos y caderas redondas. Es entonces cuando se anticipa en ocho años a los que Dior presenta en 1947 como el «new look»: las faldas balón, las caídas en forma de túnica y, cómo no, los grandes botones redondos. Se trataba de tal ruptura que hasta Coco Chanel quedó maravillada. Para Coco, Balenciaga sería ya el número uno. El modista se lo agradeció siempre, hasta el último día. Su asistencia al entierro de Coco Chanel fue la última salida pública que hizo Cristóbal. Aquel niño de Guetaria, que se extasiaba ante los ornamentos de la iglesia y los trajes de las marquesas, cerraba el círculo de su vida con una obra llena de hallazgos y de éxitos. Él también, como Elcano, había dado la vuelta al mundo de la moda. Su lema fue actuar como «arquitecto para las líneas, escultor para la forma, pintor para el color, músico para la armonía y filósofo para la medida». Guetaria puede estar orgullosa de estos hijos suyos: Elcano, Iturzaeta y Balenciaga; remo, pluma y aguja; artesanos, artífices y artistas universales de la línea mágica por excelencia, la curva. A la curva adjudicó Goethe la clave de la elegancia. En su «Teoría» sostuvo que el encanto de Grecia residía, precisamente, en haber descubierto la curva larga, la curva que no se cierra, sino que se abre como una esperanza...

